

Centenares de personas nos acompañaban en aquella expedición, y apenas sería el diezmo el que no leía algo; las diligencias y vapores son gabinetes ambulantes de lectura: la conversacion era exclusiva de los cuatro españoles; y mas que á nosotros nos puede admirar el recurso que ellos buscan y necesitan para entretener el camino, les admira á ellos la animacion, jovialidad y confianza que en los viajeros españoles notan siempre con sorpresa, por ser para ellos cosa desconocida.

Por curiosidad nos pusimos á brujulear lo que leía cada uno, y era cosa de ver á las aldeanas que volvian de vender una cesta de huevos, un cántaro de leche, ó un canastillo de escarola en la ciudad, tirándose de punta á cabo el *Memorial Bordeles*, el *Indicador*, el *Faro de los Pirineos*, la *Revista de Ambos Mundos*, el *Siglo* ó el *Constitucional*: tal señora recorría las páginas de la *Revolucion de Francia* por *Thiers*; tal jovencita de 16 años leía los *Deberes de las Madres*, en lo cual no sé si entrarían los deseos de que la comprendieran pronto aquellas obligaciones; y tal barbudo varon foliaba con mucha curiosidad el *Manual de Manuales* ó *Diccionario de ahorros de la casa*, por *Mr. Dubourg*. De manera que allí todo era vice versa: la hija leía lo que debía leer la madre, el hombre de las barbas estudiaba el método de condimentar económicamente un anade ó un faisán y el modo de hacer una nueva salsa de yerbas, que le pertenecía de derecho á las hueveras y hortelanas, y estas repasaban los artículos de fondo de los periódicos de política, que le estarían mejor al varon del espeso bigote. Todo esto nos divertía grandemente á nosotros, y de ello sacábamos no poco partido, sin dejar por eso de exclamar: « ¡cuando veremos tan generalizada en nuestra España la afición á la lectura! Y ya que no fuese la afición, cuando lograremos siquiera que las masas del pueblo sepan leer! » También nosotros al cabo de un rato quisimos sustituir la lectura á la conversacion, y uno de los compañeros, que aunque era aragones, en la eleccion de la obra parecia catalán, sacó las entregas que acababa de recibir de la « *Historia criminal del Gobierno inglés desde los primeros asesinatos de Irlanda hasta el último envenenamiento de los chinos* por *Eliás Regnault*. » La lectura del prefacio ó prólogo, en que el autor con un nervio, con una vehemencia, con un fuego á que alcanzarán pocos escritos, reseña las atrocidades cometidas por aquellos isleños en todas épocas guiados por el espíritu de conquista universal que los domina, y excita y provoca á una cruzada general contra ellos, y expone la necesidad de abatir y humillar al coloso

britano, nos causó impresiones harto profundas, y nos hizo pensar mas seriamente de lo que á un viaje de recreo competía en la suerte futura de nuestra patria, si no acabamos de apercibirnos bien de los dominadores planes de los que asesinaron á los irlandeses y envenenaron á los chinos y se van apropiando la China como se apropiaron la Irlanda.

Así llegamos á dar vista al hermoso puente colgante de Langon y á la bellísima esplanada de San Macario, habiendo empleado poco mas de tres horas en el viaje, despues de haber hecho el vapor mas de veinte detenciones en el tránsito para dejar y recibir los viajeros que en cada pueblecito se quedaban ó de cada pueblecito salian. Desembarcamos, pues, y entramos en Langon, donde permanecemos hasta la misma hora del dia siguiente.

Nada diré de lo que en Langon hicimos, por ser cosas que atañen á particulares y amigas personas. Al regreso nos tocó ir en el vapor *Montesquieu*: y hé aquí justificado lo que en otro artículo dije, que por todas partes me tocaba encontrarme con vestigios y recuerdos del autor del *Espíritu de las Leyes*.

Entre las cosas que á la vuelta nos llamaron la atencion, y que dan idea de lo que inventan y discurren los franceses para llamar la del público, fueron las caprichosas pinturas de los tablones de anuncios sobre las puertas de las fondas y cafés que se encuentran á las márgenes del rio, y principalmente una en que para decir: « Aquí se aloja á pié y á caballo *ici on loge à pied et à cheval*, » lo tenían dispuesto en esta ingeniosa forma: « Ici on..... (y en seguida una casa pintada para significar LOGE: A (esta A la formaban dos hombres separados por los piés y tocándose con las cabezas) seguía un pié pintado para sustituir á la palabra PIED: el ET le hacían otros dos hombres en actitudes que formaban una & y el CHEVAL estaba representado por un caballo blanco. Si así discurren para llamar la atencion en las miserables aldeas, figúrese el lector cuánto inventarán en las populosas ciudades.

El puente de Cubzac.

Ya que de excursiones voy tratando, aconsejo á todo extranjero, y mas si es español, ya se halle en Burdeos sin ánimo de pasar mas adelante, ya le tenga de continuar á Paris, que si quiere admirar el puente colgado mas grandioso, mas atrevido, mas elegante y esbelto que hay en toda la Francia, y no sé si en otra parte alguna, no deje de hacer una excursion ex-profeso á *Cubzac*,

cuatro leguas de Burdeos, camino de Paris, pues visto con la rapidez que es forzoso cuando se va de paso, no se puede formar una idea cabal de su grandiosidad y belleza.

Pasado el puente de piedra, en el arrabal de la Bastida, encontrará de seguro el carruaje que guste y de los asientos que le acomode, que le llevarán á *Cubzac* en unas dos horas por un precio convencional, siempre mas económico y moderado que si ajustara un carruaje ó *voiture de ville* como hicimos nosotros. Y puede estar cierto que da un paseo de los mas deliciosos y entretenidos que pudiera apetecer.

Á derecha é izquierda del camino encontrará establecimientos cuyos títulos pomposos no dejarán de divertirle. « *Taberna del Monte Parnaso.* » Que solo los franceses han podido discurrir hacer borrachas á las musas, y convertir en depósito de vino el limpio y claro manantial de la fuente Heliconá por dar realce á una taberna. « *Cuadras y cochera de la manzana de oro.* » ¡ Ah, pobre Vénus, y en lo que ha venido á parar el premio que te valió tu hermosura! Á ser pisado por los caballos á trueque de bautizar pomposamente una cuadra. « *Depósito de carbon de la bella Aurora.* »

¡ Fuerza de ponderar, á lo que obligas
Al néctar encerrar en cantimplora,
y á llenar de tiznones á la aurora!

Y por este orden otros muchos que fuera largo enumerar.

El viajero se sorprende agradablemente al dar vista al nunca bien ponderado *puente de Cubzac* sobre el Dordoña. Desde luego no se sabe qué admirar mas, si la elegancia, riqueza, gusto y sólidez de la obra, ó el osado y al parecer temerario pensamiento del que se atrevió á proyectar y ejecutar un puente de tan gigantescas dimensiones. Consta de cinco cuerpos suspendidos, sobre cada uno de los cuales descuellan cuatro columnas huecas de hierro en forma de obeliscos basadas sobre otros tantos macizos ó pilastras de piedra; á uno y otro extremo del puente hay dos magnificas arcadas de sillares de á 27 arcos dobles cada una que juntos componen 108 elegantes y sólidos arcos. Por debajo de cada uno de los cinco cuerpos colgantes pasan sin tropiezo las embarcaciones, hasta bergantines y fragatas. La longitud del puente desde el principio de una arcada al extremo de la otra es de 2123 metros y 83 centímetros (mas de un cuarto de legua de España).

El puente de *Cubzac* visto por debajo asombra, y visto por encima encanta, á lo cual contribuye ademas de su magnífica esbelteza el color blanco de que están barnizados sus obeliscos, sus tirantes de alambres, y sus barandillas, que á lo léjos le hacen semejar un puente de filigrana. Empezóse esta atrevida obra en 1835 y se concluyó en 17 de Agosto de 1839, y le pasaron los primeros el duque y la duquesa de Orleans, segun consta de una inscripcion que se lee en uno de los pilares de un extremo; á cuyo frente se ven esculpidos los nombres (que bien merecen estarlo en letras de oro sobre mármol) de los Sres. *Du Vergers, Quenot, Rayard de la Vingtrie*, ingenieros directores de la obra.

Tirabeque le contemplaba absorto, si bien receloso de que se hundiera aquella obra aérea, y diera con su lega humanidad en las aguas del Dordoña como otro Ícaro, sin que bastara á tranquilizarle el ver pasar por él cuatro ó cinco diligencias á un tiempo, ántes le asustaba mas el ver como tan enorme peso le hacia cimbrarse.

Sobre la capa ó barniz blanco se leen infinidad de inscripciones, que se conoce ser de los viajeros de todos los países (porque las hay en todos los idiomas) que gustan dejar escritos allí sus nombres, pelados los unos, y los otros precedidos de alguna observacion sobre el mérito admirable de tan grandiosa obra. Entre ellos noté el del duque de Nemours, y los de otras notabilidades que habian participado tambien de aquello del « *nomina stultorum.....* » *Mr. Neuville*, redactor del *Nacional* de Paris, habia dejado escritos estos versos:

¡ Misérable crétin, qui passant sur ce pont,
Ne trouves rien de mieux que d'y mettre ton nom!
¿ N'as-tu donc pas songé, misérable hirondelle,
Que c'était un outrage à cette œuvre immortelle?

Que vuelto al español, con permiso del cofrade parisiense, equivale á decir: « hombre mezquino y ruin que al pasar por este puente no encuentras nada mas digno que dejar en él escrito tu nombre, ¿ no has pensado, miserable golondrina, que esto era hacer un ultraje á esta obra inmortal? »

La inscripcion del hermano periodista picó un poquillo la emulacion gerundiana; y cayó mi reverencia en la tentacion de echar tambien su musa á puentes; y sacando el lápiz, dejé allí escrita para que la leyera otro curioso, la siguiente españolada:

Tú no tienes, España, patria mia,
puentes como este puente todavía:
mas ten gobierno, y júrote que al ménos,
si no mejores, los tendras tan buenos.

De sobra estaba yo convencido que lo que escribia no era mas que una fanfarria poética española, y que para tener nosotros puentes como aquel, necesitábamos tener juicio por unos 200 años, y que los españoles que nos sucedieran naciesen mas aficionados á manejar la azada y el martillo que á rozar capas en las esquinas tomando el sol como los de nuestros dias; pero yo dije: ahí os queda eso, y el gobierno que lo pague, que hartas deja de pagar mereciéndolo, y al cabo, al cabo si bien se apura, la falta de gobierno es la causa primordial de todo.

— Señor, señor, me voceó Tirabeque desde una de las columnas, aquí hay un nombre de español legítimo; venga Vd. acá, que se va Vd. á reir. Me acerqué y habia en efecto un letrado que decia: « *Joaquín del Olmo con su pichona.* » Todos los de la expedición celebrámos á grandes risas el innegable españolismo del hermano que tal habia puesto. Tirabeque escribió tambien su nombre, y para que nadie dudase la patria del autor, puso: « *Fr. Pelegrín Tirabeque de España, lego de Fr. Gerundio de España.* »

Con esto dispusimos el regreso á nuestro cuartel general Bordeles, no pudiendo olvidar en todo el camino, ni mucho tiempo despues, ni dejar de celebrar siempre que de ello nos acordamos, el *Joaquín del Olmo con su pichona.*

Telégrafos.

Hé aquí uno de los ramos é instituciones que desde nuestra entrada en Francia habian sido objeto de nuestra atencion y curiosidad, y uno de los que (pasémos la mano por la cara para decirlo, porque es un poco vergonzosilla la cosa) llaman la atencion de todo español que viaja por primera vez. Y no digo un poco vergonzoso, sino un mucho bochornoso y ruboroso debe sernos el pensar que cuando todas las naciones de Europa, incluso Portugal, están cruzadas de líneas telegráficas en todas direcciones, solo la España carece todavía de este importante medio de comunicación. ¡Solo la España, cuando hasta el mismo Mehemet-Alí tiene ya su línea de 177 telégrafos desde Alejandría al Cairo, por medio de los cuales pueden recibirse avisos de una á otra ciudad en 40 minutos!

Curiosas por demas fueron las primeras escenas que con Tirabeque pasaron cuando vió jugar por primera vez los telégrafos y el modo de corresponderse unos con otros. Señor, señor, ¿no ha reparado Vd. las figuras que hacen aquellos cañones de chimenea

que hay en aquella torre? Mire Vd., mire Vd.; unas veces los ponen en figura de H, otras en figura de Z, otras en figura de N..... ahora parecen un trinchante..... pues aguarde Vd., mi amo, que en aquella cuesta que se ve al otro lado del rio hay otros cañones de estufa, ó lo que sean, haciendo las mismas figuras. Así Dios me salve que está divertido esto, señor: no parece sino que se mueven por mágica: algun diablo de algun *franchute* se está divirtiendo en hacer juegos de manos. Vaya, vaya, cuando el diablo no tiene qué hacer.... Vd. se rie, señor, pero á mí me vuelve loco la diversion esta. ¿Quién mueve esas máquinas? pregunto yo. Pues dígole á Vd. que está bueno esto. Mire Vd. á la cuesta. Pues ahora mire Vd. á la torre. Vuelva Vd. á mirar á la cuesta. Ahora parece una horca el diablo de la estufa. Pero Vd. no hace mas que reirse, mi amo.

— ¿No me he de reir, hombre? ¿Con que todavía no conoces lo que es esto? — Señor, yo no conozco mas que debe ser alguna brujería. — Calla, calla, infeliz é ignorante que tú eres: ¿no conoces todavía, desgraciado, que son dos telégrafos que están haciendo sus comunicaciones? — ¿Con que son estos los telégrafos, señor? ¿Y qué dicen, qué dicen los señores telégrafos? que así Dios se encargue de mi alma como deben ser gente lista cuando por señas tan enrevesadas se entienden. — Ya se ve, cuando tú fuiste á Madrid ya no existian los imperfectísimos que *hubo* establecidos de la corte á los sitios reales, ni tampoco has estado en las provincias vascongadas durante la guerra donde *hubo* tambien algudadas líneas de telégrafos; de consiguiente no has podido ver los únicos que *hemos tenido* en España.

Yo no te podré explicar lo que ahora se comunican, porque esto solo lo pueden comprender los empleados en el ramo ú otros que hayan hecho sobre ello estudio particular. Lo que puedo decirte es que esos cañones de estufa que tú llamas, son compuestos de tres piezas, una grande llamada *indicador* y dos pequeñas con el nombre de *reguladores*: cada *regulador* puede tomar cuatro posiciones, vertical, horizontal y dos oblicuas (derecha é izquierda); el *indicador* puede tomar ocho, que vienen á reducirse á siete, porque una de ellas vuelve á entrar horizontalmente en la línea del *regulador*; tres se elevan hacia el cielo, que es el trinchante que tú decias, y tres se bajan hácia la tierra (que son la horca tuya). Con arreglo á estas posiciones, y simplificando el sistema de locucion, en lugar de decir por ejemplo, « 15 grados hácia el cielo ó 45 grados hácia la tierra, » se dice: « ángulo agudo (obli-

cuo de la izquierda), » que equivale á cinco « ángulo derecho (vertical), » que significa diez : « ángulo obtuso (ú oblicuo de la derecha) » igual á quince. Y para designar la direccion del signo, se añade la palabra *cielo* ó la de *tierra*, y así se dice : « cinco cielo : quince tierra, etc.

Y así se van trasmitiendo las comunicaciones por medio de estos signos, que representan otras tantas letras, ó palabras, ó frases : porque hay signos jeroglíficos, alfabéticos, numéricos, verbales, frásicos, geográficos, patronímicos, y demas que sea menester. Algo mas pudiera explicarte acerca del mecanismo é inteligencia de los signos telegráficos, pero creo que estas ligeras indicaciones te bastarán y aun te sobrarán para que hayas formado una idea clara y exacta del telégrafo. — Señor, lléveme Júdas Iscariote si de toda esa jerigonza que acaba Vd. de ensartar he entendido una palabra mas, sino que quince cielos son como un obtuso. — El obtuso, y el torpe y el botarga eres tú, y el que tiene que proveerse de paciencia contigo soy yo.

— Y diga Vd. mi amo y no se me enoje : si los telégrafos son tan útiles como dicen, ¿ cómo es que no se adoptan en España? ¿ Es que no hay allí quien entienda esta monserga, ó es que no prueba el género en el país? — En cuanto á la utilidad de los telégrafos, Pelegrin, es tanta y tan incalculable, que un hombre célebre de estado llegó á decirle al doctor *Julio Guyot* : « sin el telégrafo es imposible el gobierno. » — Señor, perdone el hombre de estado, sea quien fuere, porque en España sabemos bien pasarnos sin telégrafos. — Así va ello, Pelegrin. Y en cuanto á haber quien lo entienda, no puedo decirte mas sino que no solamente tenemos persona que lo entiende, sino quien lo entienda mejor aun que los mismos franceses, y mejor que los mismos *Mr. Flocon* y los hermanos *Chappe*, á quienes debe la Francia la perfeccion que han alcanzado sus telégrafos. ¿ No conociste á aquel *D. Manuel de Santa Cruz* que tantas veces favorecia nuestra celda? — Sí, señor, sí, uno pequeñito : algunas veces le abrí la puerta y le llevé lumbre para encender el cigarro.

— Pues bien, aquel hermano *Santa Cruz*, director de los telégrafos que hubo en las provincias del norte durante la pasada guerra civil, ha inventado un sistema telegráfico mucho mas ventajoso y mas sencillo que todos los conocidos hasta ahora, incluso los que estás viendo : baste decir que estos no pueden jugar mas que de día y cuando está despejada la atmósfera, y los del hermano *Santa Cruz* pueden hacer el mismo servicio de día que

de noche y en cualquier estado en que la atmósfera se encuentre. De manera que los descos de *Mr. Eugenio Briffault* cuando exclamaba : « la telegrafia nocturna es la sola que puede acabar la obra imperfecta : no tenemos mas que la mitad del telégrafo, completémosle, » están ya cumplidos, merced al ingenio de un español. Yo mismo, Pelegrin, he tenido el gusto de examinar el nuevo telégrafo de Santa Cruz, y de verle practicar en el modelo facilisima y sencillamente multitud de combinaciones con arreglo á las comunicaciones que yo al capricho le dictaba, y estoy convencido de que su telégrafo tiene sobre los conocidos hasta el dia las ventajas siguientes :

1ª El telégrafo frances sirve solo durante el dia. El nuevo español, inventado por Santa Cruz, juega igualmente de noche con el auxilio de cuatro faroles comunes.

2ª El telégrafo de Santa Cruz ejecuta las comunicaciones en una tercera parte de tiempo ménos que el frances. Es decir, que un despacho que este trasmita en 90 minutos de Paris á Bayona, aquel le trasmitiria en el espacio de una hora solamente.

3ª Los telégrafos franceses tienen que colocarse precisamente en proyeccion horizontal unos de otros para poderse distinguir sus signos. El de Santa Cruz en cualquier proyeccion, aunque sea sombría, da igual resultado.

4ª La mayor distancia á que pueden situarse los telégrafos franceses es á poco mas de legua y média francesa de uno á otro. El telégrafo español de Santa Cruz puede jugar á distancia de mas de dos leguas y média españolas en proyeccion sombría ; y en proyeccion horizontal hasta de seis á siete leguas. De consiguiente la linea telegráfica de Bayona á Paris que la forman 120 puestos, estaria servida con 70 á lo mas bajo el nuevo método español : lo cual produciria un considerable ahorro de empleados y de tiempo ; y ya conocerás que la rapidez de las comunicaciones y las contingencias que puedan detenerlas ó interrumpirlas se hallan en proporcion del tiempo que es necesario invertir y del mayor ó menor número de telégrafos para trasmitirlas.

5ª El material, mecanismo y colocacion del nuevo telégrafo español tendria de costo sobre 450 francos ; cantidad mucho menor que á la que asciende el telégrafo frances, segun á mi me han informado.

6ª La maniobra del telégrafo español es tan sencilla y fácil, que el hombre mas rudo se encuentra en disposicion de comprender y ejecutar sus signos á los tres dias de instruccion, poseyendo

antes de un mes toda la práctica necesaria. Y no puedo decirte más sino que yo mismo el día que tuve el gusto de ver su modelo, ejecuté por mi mano, oídas sus explicaciones, algunas comunicaciones sencillas, entre las cuales me acuerdo que fué una: « Las Cortes se han abierto el 19 sin que ocurriese el más pequeño disgusto. » Y los empleados superiores encargados de la glosación y descifración de las comunicaciones, suponiéndoles un poco de aplicación y despejo, podrían desempeñar sus funciones con sólo un mes de estudio teórico y otro de práctica.

Cree, Pelegrin, que en España no faltan hombres é ingenios; lo que falta es protección, protección. — Y diga Vd., mi amo: ¿qué ha hecho el gobierno con el hermano Santa Cruz? — ¿Qué ha de hacer, Tirabeque? Lo que con todos los que hacen algún descubrimiento artístico interesante. Después de haber establecido y dirigido en el año 36 su línea telegráfica en las provincias del norte para el servicio del ejército, en que hizo más de dos mil comunicaciones importantes con pocos auxiliares y escasos medios, concluida la guerra tuvo que retirarse con el desconsuelo de reclamar en vano los sueldos, que á él y á todos los empleados habían quedado á deber. Las casetas de los telégrafos ó estarán ya caídas ó se estarán cayendo. Invitó después al gobierno á que estableciese líneas telegráficas en los puntos principales, señaladamente desde Madrid á Bayona, garantizando su poquísimos coste, y prestándose á abrir y desempeñar una escuela telegráfica, para lo cual había trabajado ya dos libros con 32,450 combinaciones cada uno, representadas por uno, dos, tres y cuatro signos: el primero de palabras, voces, frases, direcciones y formularios de participaciones, el segundo de geografía, nombres propios, apellidos, numeración, quebrados, pesos, medidas, monedas, etc. Pero el gobierno así lo ha oído todo como quien oye llover.

¿Y sabes lo que en cambio ha hecho el gobierno con el hermano Santa Cruz? Darle un destino en loterías. — Bien hecho, señor, nuestro gobierno lo entiende: lo mismo pudo haberle hecho vista de aduanas, ó promotor fiscal de un juzgado, ó secretario de la Bula de la Cruzada, que al cabo allá viene á dar todo, y los telégrafos poco importan; sin ellos hemos vivido hasta aquí, y sin ellos iremos tirando como Dios nos dé á entender, que si todas las demás naciones los tienen, ménos nosotros, cada uno vive contento con su pobreza, y si ellas saben en dos horas lo que pasa á las doscientas leguas, nosotros para comunicar lo que pasa á las dos leguas enviamos un propio, montado en un pollino cojo con

el recado, y si no, nunca falta un peaton que con una peseta y un trago en cada ermita que encuentre en el camino, lleve la noticia por extraordinario ganando horas, y suele salir mejor cuenta, porque si la noticia es mala, cuanto más tarde en saberse, mejor. — Buena es la broma, Tirabeque; pero no dudes que á un español amante de su país, le afecta demasiado el contemplar el atraso en que respecto de las demás naciones nos encontramos, no por falta de genios, sino por la indolencia y desidia del gobierno. — Ta, ta, ta, ta; pues si se va afligiendo así por cada cosa de estas, se va Vd. á secar antes de volver á España. Pecho ancho, señor, que no faltará por ahí alguna cosilla en que les podamos dar nosotros quince y mano, y entónces nos vengaremos.

Agua, vino, cerveza, helados, y otras cosas potables.

Omisión fuera por cierto de gran cuenta y tamaño, é imperdonable por demás en un viajero observador de minuciosidades, el no hacer conmemoración explícita del vino de Burdeos estando en Burdeos. Pero antes es fuerza decir algo del agua, que no es á femia artículo que merezca pasarse en silencio.

Á cinco cosas puede renunciar el español desde el momento que pase el puente de Behovia; á la alegre vozingería de los mayorales (como atras queda observado), á la franqueza en el trato, al agua buena, al cielo claro y al buen chocolate; si bien en este último artículo debe hacerse una excepción honrosa en favor del hermano Braulio Poc, fabricante zaragozano establecido en Burdeos. El viajero recorrerá toda la Francia, y aun irá más adelante, y se volverá á España sin haber podido beber un vaso de agua limpia y cristalina, de aquella que se dice: « Limpia, fija y da esplendor: » sino que ó bien tendrá que azucararla, ó bien que recurrir al *vinum aquatum*, mas que diga Hipócrates lo que quiera, ó bien que prepararla de algún otro modo, porque *sola* es desagradable y de no muy sana potación; es como los desengaños y las verdades: si se quiere que no amarguen y no hagan mal estómago, ó no irriten la bilis, es menester dulcificarlas un poco y suavizarles le erudeza. La mala calidad de este artículo no deja de constituir una de las faltas y privaciones que experimenta el español, máxime si acaba de dejar las finas aguas de Madrid, y aun más máxime todavía si el español fuese *abstemio* ó aguado. Sin embargo, nadie puede decir, « de esta agua no beberé, » pues harto vemos todos los días que quien más la echa